

es que el régimen imperial de Francia, consciente de su creciente debilidad, había tratado de consolidarse por medio de un plebiscito que había respondido á sus preguntas equívocas con una aprobación insignificante; pero Prusia no había tenido necesidad de recurrir á semejantes subterfugios: la guerra contra Francia era realmente popular. Si el gobierno francés podía crear un entusiasmo ficticio haciendo gritar por su policía: «¡A Berlín, á Berlín!» los ejércitos alemanes que marchaban apresuradamente hacia la frontera francesa estaban decididos á combatir, á vencer y, si era preciso, á llegar á París y aun más allá. Mientras que en Francia la masa de los habitantes no tenía ninguna animosidad especial contra el Alemán, ó más bien se atenía á la malevolencia nativa sentida espontáneamente contra todo extranjero, los jóvenes de Germania habían aprendido todos en la escuela que el Francés es «el enemigo hereditario»; todos habían recitado la lección que les ordenaba vengar la muerte de Conradino, perpetrada en el siglo XIII por el rey Carlos de Anjou, y la devastación del Palatinado ordenada por Louvois; todos participaban del entusiasmo patriótico de los nacionalistas por la reconquista de la Alsacia Lorena, y muchos llegaban hasta el odio feroz al Francés que inspiraba Rückert: «¡Sobre el campo del vecino, arroja á lo menos una piedra, para que al caer aplaste una flor!»

Desde el punto de vista general de la unidad nacional, que, en el fondo, era la razón de ser de la expansión germánica y de ese detalle, secundario aunque terrible, denominado la batalla, la matanza ó la invasión, también Francia se hallaba en notable desventaja. En la época en que Alemania estaba dividida en numerosos Estados, imperios, reinos, principados, ciudades libres y de dependencia medioeval, y en que la Italia misma, «aquella hermosa expresión geográfica», se hallaba descompuesta en fragmentos políticos, de los cuales, el más precioso, pertenecía á una potencia extranjera, había llegado á ser proverbial contrastar aquellos enredos de fronteras y de territorios enclavados en otros de nacionalidad distinta con lo que se llamaba «la gloriosa unidad francesa». Se habían tomado en su sentido estrecho los calificativos de «una é indivisible» dados á la república comprendida entre los Pirineos y el Rhin, y, sin embargo,

esas mismas palabras, lanzadas como grito de guerra durante las discusiones civiles que siguieron á la caída de la monarquía, prueban que las tendencias naturales á la disociación política habían sido poderosas. El hecho es que Francia, tomada en su conjunto, es mucho menos «una» que Alemania y aun que Italia.

La razón profunda de ese contraste es esencialmente geográfica. Francia pertenece á dos vertientes: por su cara meridional forma parte



BATALLA DE GRAVELOTTE (16 AGOSTO 1870)

Cl. P. Sellier.

del área mediterránea, y por la cara opuesta, comprendiendo la mayor parte de sus cuencas fluviales, mira hacia el Océano, en tanto que Alemania está por entero en la pendiente norte y que, por el contrario, Italia es completamente mediterránea. De ahí resulta que, á pesar de las mezclas, los cruzamientos, las entradas y salidas, la población del territorio de doble inclinación que ha llegado á ser Francia ha conservado una notabilísima diversidad, si no en las ciudades, al menos en los distritos rurales apartados. Es evidente que entre el Euskaro del Nive ó del Bidasoa y el Ardenés ó el Lorenés, hay una diferencia de tipo mucho mayor que entre el Tirolés y el Mecklemburgués ó que entre el Lombardo y el Siciliano, tan distintos, no

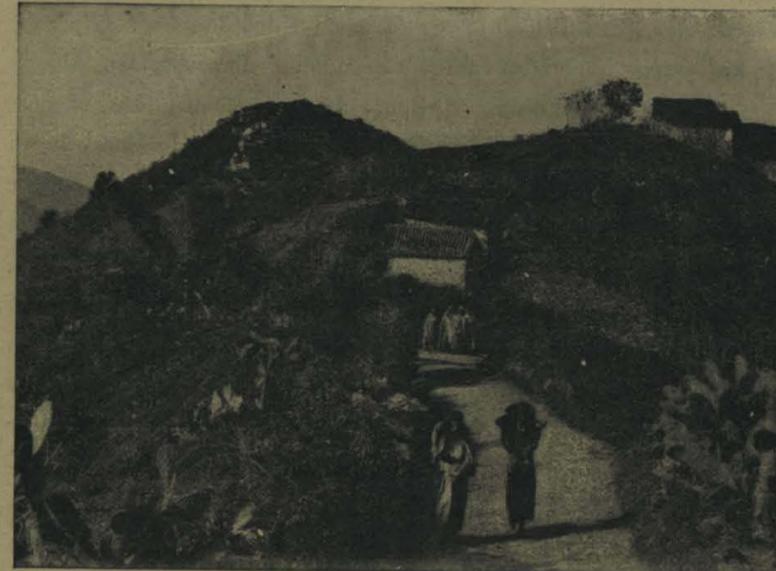
obstante, el uno del otro. Lo que ha podido causar la ilusión de los extranjeros y aún de los Franceses mismos que alaban su unidad nacional, es, por una parte, la confusión que se hace con mucha frecuencia entre todo el país y la ciudad de París, considerada como un compendio de la nación, aunque ésta se distinga de él por tan notables contrastes, y por otra, la extraña aberración de los que ven en la uniformidad administrativa el indicio de una semejanza entre las poblaciones sometidas al mismo régimen. Hallándose el mapa dividido de la misma manera en departamentos, distritos y cantones, hay quien se imagina que la evolución política y social se ha realizado natural y espontáneamente siguiendo un mismo método sobre las costas del Mediterráneo que sobre las del Océano.

Aún desde otro punto de vista era superior Alemania á Francia al comenzar el conflicto: Alemania no tenía colonias. El imperio francés no había podido seguir una política recta, bien dirigida como una flecha, porque había necesitado dispersar su pensamiento y sus actos. En consecuencia, toda la nación se había hallado como «descentrada» en su fuerza de resistencia: la conquista y la ocupación de la Argelia, los asuntos de Méjico, de la China y de la Indo-China lo mismo que todas las anexiones coloniales habían reducido proporcionalmente la parte de Francia en la vida de Europa: á ese desplazamiento de energía debe atribuirse en gran parte la formación de la Italia «una» y de la victoriosa Alemania¹. Cuando estalló la guerra, el gobierno francés tuvo que abandonar precipitadamente todos sus proyectos lejanos: hubo colonia, el Gran Bassam, por ejemplo, que fué completamente evacuada, y en la principal de las posesiones francesas, la Argelia, alguna población oprimida creyó llegado el momento favorable de reconquistar su independencia. Hubo matanzas de los nuevos ocupantes, y la reconquista de la Kabilia costó largos y penosos esfuerzos.

Por último, en 1870 Francia estaba mucho más dividida política y socialmente, y por tanto mucho menos disciplinada que Alemania: precisamente el progreso que había realizado en el sentido de la idea republicana y socialista la dividía en dos campos enemigos, que im-

¹ Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, p. 75.

posibilitaban toda obra común. Cuando se declaró la guerra, los enemigos del imperio, que representaban la flor intelectual de Francia, protestaron con indignación, y la policía hubo de proceder ante todo á aterrorizar la población de París; después, cuando la rueda de la Fortuna dió la vuelta y cayó el imperio ante las aclamaciones de los republicanos, cuando el mundo contempló de lejos con estupor el espectáculo de las poblaciones francesas, y sobre todo de la capital,



PAISAJE DE LA GRAN KABILIA

Cl. Geiser.

Detrás de la población, situada en la cima de la montaña, según la manera agradable á las Kabilas, se distingue claramente la cresta de las altas cimas del Djurdjura.

rebotando de alegría y de entusiasmo á la noticia de un desastre, pero de un desastre que les libraba de un amo, todo el organismo militar cambió en seguida de aspecto y de orientación. Mientras que los guardias nacionales y los cuerpos francos se constituían rápidamente para tomar parte en la resistencia, los que pertenecían á la casta militar se desinteresaban de la lucha; mariscales, como Bazaine, reservaban su ejército con la esperanza de restablecer el imperio ó de ayudar á alguna reacción monárquica; otros grandes personajes militares sólo se batieron por la forma, y más de uno con el deseo de ser vencidos. Una franca enemistad, excitada por los jefes, reinó

pronto entre los soldados regulares y los ciudadanos sin mandato que tenían la pretensión de defenderse sin haber pasado por el cuartel ni el calabozo disciplinario: era necesario evitar la victoria á toda costa, puesto que hubiera aprovechado á la República con todas sus consecuencias sociales. Desunida Francia, su derrota era inevitable, y causa admiración que la resistencia hubiese durado tanto; ocurrió al fin que los que no habían querido la guerra fueron los que prolongaron la lucha y defendieron con la mayor energía la causa de Francia, que había llegado á ser la de la República.

Las tropas imperiales fueron rápidamente derrotadas en Alsacia y en la frontera de Lorena. Después de horribles matanzas, el ejército de Bazaine, fuerte de 170,000 hombres, se dejó encerrar en Metz, de donde ni siquiera intentó salir, entregado de antemano por sus jefes; el 2 de Septiembre, unos cuarenta días después de la declaración de guerra, otro gran ejército, cercado delante de Sedan, trató en vano de abrirse paso, y, como resultado, el emperador quedó prisionero y cayó el imperio: todo parecía terminado ya, pero la República no quiso declararse vencida. Del suelo brotaron nuevos ejércitos. París, que Thiers, treinta años antes, había rodeado de fuertes para bombardear la ciudad en caso de rebeldía, quiso utilizarlos contra el enemigo, á pesar de su gobierno, que se preparaba á la huida, y los Prusianos hubieron de hacer una larga y penosa campaña de invierno, extendida hasta las inmediaciones de Besançon, de Bourges, de Rennes, y ocupar casi la mitad de Francia, antes que la opinión pública permitiera al gobierno inclinarse ante el derecho de la fuerza y firmar los preliminares de la paz que habían de costar á la nación dos provincias populosas y cinco mil millones de francos (1871), la mayor contribución de guerra que se haya pagado jamás: los hacendistas hablan de ese movimiento de fondos con respetuosa emoción.

El rebajamiento de Francia y la exaltación de Prusia, transformada en imperio de Alemania, produjeron gran conmoción en el mundo. Todos los que juraban por opiniones tradicionales y sufrían antiguos prestigios vieron con estupor que se habían engañado hasta entonces y que habrían de volverse hacia un nuevo sol levante. Por un cambio brusco, unas frases triviales y sin substancia racional su-

cedieron á los antiguos y gastados lugares comunes; se aprendió á exponer las mismas necedades cambiando los nombres. En muchos puntos, desde el fondo de América hasta los archipiélagos oceánicos, se convino en que Francia había cesado de existir y sólo tenía apariencia de vida merced á la generosidad del vencedor. Como consecuencia, Americanos del Norte, Australianos, Rusos y Japoneses, afectados por un nuevo sentido de la historia, comprendieron que la literatura francesa había sido exageradamente enaltecida y que se dedicaba en las escuelas un número excesivo de horas á la enseñanza de una lengua hablada por una nación de vencidos. Hasta los pequeños pueblos bárbaros donde la enseñanza pública no existe aún, pero donde á lo menos hay un embrión de ejército, se apresuraron á reemplazar el tricornio y el chacó por el casco puntiagudo, que era un modo de rendir homenaje á la civilización, es decir, á la fuerza. De todas partes surgieron profetas anunciando la desaparición definitiva de Francia, no por efecto de su entrada próxima en la unidad superior de un mundo más civilizado, sino por efecto de la conquista y de la supresión violentas. Se llegó á presentar la cosa en fórmulas científicas, y según la «ley de Brück», que regula los destinos de los hombres conforme al ciclo del meridiano magnético, la nación francesa quedaría completamente borrada del gran libro de Oro después de la batalla de Sedan. Por último, se extendió la manía, quizá más en Francia que en Alemania, de contrastar lo que se llama el «genio latino», que sería el de la centralización, del catolicismo y del jacobinismo, con lo que se dice ser el «genio germánico», que, con la posesión de todas las virtudes, representaría ante todo el impulso personal y la libre iniciativa. En virtud de este contraste de los dos genios, el ejército del emperador Guillermo representaría el espíritu de libertad en la historia del mundo contemporáneo.

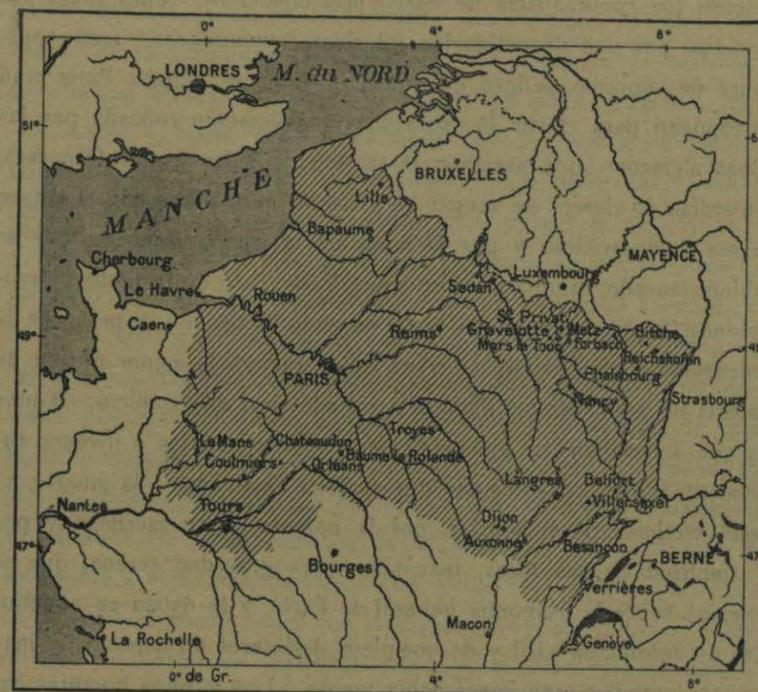
Pero, aunque en plena angustia, Francia vivía aún, y hasta puede decirse que, gracias á la ruina momentánea del gobierno central, la vida de la nación tomaba un carácter más espontáneo, más sincero, más notable por sus contrastes y, al mismo tiempo, más excitante y consolador por sus promesas para el porvenir. Las dos Francias que durante la guerra se habían levantado una contra otra, haciendo así toda victoria común absurda é imposible, volvían á encontrarse des-

pués de la paz más enemigas y más encarnizadas que nunca en la lucha. Todos los partidos políticos y religiosos que veían en las ideas republicanas y socialistas una amenaza para sus privilegios, se habían reunido en una masa compacta y furiosa para retrotraer al pueblo al gremio de la iglesia y de la monarquía, aunque para conseguirlo hubiera que apoyarse sobre la complicidad del extranjero que acababa de infligir á Francia la más cruel de las humillaciones. No desagradaba al vencedor ver su víctima luchar confundida en lo que se imaginaba había de ser el desorden caótico de la Revolución. Bismark no hizo, pues, nada en pro de los partidos monárquicos para reconstituir la monarquía que deseaban á toda costa, y, por otra parte, Italia, aunque constituida en Estado monárquico, había de ser absolutamente hostil al retroceso de una Francia de derecho divino, aliada del papado. Entregada á sus propias fuerzas, la reacción monárquica francesa contaba al menos con todos aquellos Franceses, y eran muy numerosos, que odiaban á París y á los republicanos en general por su larga resistencia y no veían salvación más que en la paz, el silencio y la rutina. Bajo el nombre de «rurales», con que se envanecían, los representantes monárquicos de Francia, que formaban la mayoría de la Asamblea, hasta hubieran querido alejarse de París como de una ciudad apestada y residir en alguna ciudad de calles pacíficas, Bourges, por ejemplo, que fué ya, en tiempos pasados, la residencia de los reyes vencidos. En cuanto á París, la ciudad maldita, se decidió ponerla á los pies de un ídolo católico, en castigo de sus pecados, y sobre la colina de Montmartre se erigió lentamente la fea basilica del Sagrado Corazón.

Pero frente á aquella asamblea rural, cuyo primer acto fué una humillación penitenciaría y que estaba resuelta á colocarse bajo el dominio de un rey, heredero de un Luis XIV y de un Luis XVI, muchas ciudades, París la primera, se constituyeron en «communes». ¿Qué entendía la multitud republicana por esa palabra de múltiples orígenes históricos procedentes de Francia y de Italia, de la Edad Media, del Renacimiento y de la Revolución? Ante todo veía una organización de lucha sin tregua contra la monarquía que querían reconstituir los Rurales y contra el poder temporal, ejercido por curas y frailes; pero veía también lo que había visto cerca de un

siglo antes, en la República misma, el alba de una sociedad nueva en la que habría más justicia y más libertad, en la que nadie carecería de pan, y en la que el hombre, libre del temor del hambre, podría

N.º 462. Francia Invadida en 1871.



El territorio ocupado por los Alemanes al final del armisticio — 26 de Febrero de 1871 — es el rayado según Vidal-Lablache; Bitche, que no abrió sus puertas hasta el 11 de Marzo, Langres, Auxonne y Besançon estaban entonces libres de tropas alemanas. — Belfort, sitiada desde el 4 de Noviembre de 1870, no capituló hasta que recibió orden de París, y la guarnición salió el 18 de Febrero con los honores de guerra. — A las fechas de batallas dadas página 245 y en que Coulmiers, Bapaume y Villersexel son consideradas como victorias francesas, añadamos la defensa de Chateaudun (18 de Octubre), la batalla indecisa de Beaune-la-Rolande (18 Noviembre), las derrotas del Mans (10-12 Enero) y de Saint-Quentin (19 Enero).

ocuparse de aspiraciones más elevadas, comprender las alegrías de la vida intelectual y moral.

Las circunstancias que determinaron el movimiento de la Commune de París eran, bien considerado todo, un hecho relativamente insignificante, el escaso vigor de la defensa por parte del gobierno y el abandono de un parque de artillería de que los Prusianos podrían

apoderarse al entrar en París; pero eso fueron simples detalles. Francia estaba desunida; era necesario que los dos elementos opuestos se agrupasen francamente uno con otro en toda la sinceridad de sus aspiraciones, en toda la rectitud de sus voluntades. Tal es lo que hicieron los comunistas de París, más conocidos, como todos los vencidos, por una denominación injuriosa, *communards*. Las condiciones de supremo peligro en que á la sazón se hallaba París eran á propósito para elevar los corazones: triplemente rodeada por las tropas alemanas, que ansiaban el saqueo; por las tropas francesas, que ardían en deseos de vengar las victorias germánicas con la sangre de sus compatriotas, y por la masa de la nación francesa, que se hubiera lanzado voluntariamente sobre París, foco de incesantes revoluciones, la gran ciudad no podía esperar el triunfo, á pesar de la inmensidad de sus recursos. Para quien tuviera la menor noción de historia no podía ofrecer duda el resultado fatal del conflicto. Todos los que aclamaban la Commune, viejos revolucionarios ó jóvenes entusiastas, sabían de antemano que estaban destinados á la muerte, y, como víctimas propiciatorias, por la nobleza de su sacrificio y por la amplitud de sus ideas, ostentaban una gravedad serena, que se reflejaba sobre la fisonomía general de París, y le daban en aquellos días de resolución viril y de completo desinterés un aspecto de majestuosa grandeza que jamás había tenido. Los mismos hombres enviados al poder obedecían en su mayor parte á móviles más elevados que los que impulsan ordinariamente á los ambiciosos de títulos, de honores y de influencia; también veían ante sí, pasado un plazo de algunas semanas ó de algunos meses, la inevitable derrota.

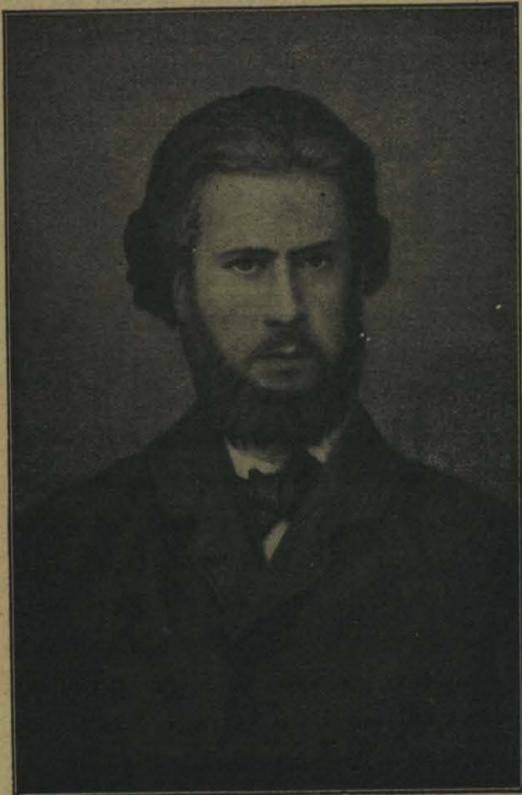
Condenados de antemano á una implacable represión, los hombres de la Commune hubieran debido aprovechar aquel corto plazo de existencia para dejar grandes é incomparables ejemplos, para plantear, para más allá de revoluciones y contrarrevoluciones, una sociedad futura desembarazada del hambre y del azote del dinero; mas para iniciar semejante obra hubiera sido preciso concertarse en una voluntad común y poner en práctica un saber experimentado ya, lo que no era posible, porque los insurrectos de París representaban grupos muy discordes que forzosamente habían de obrar en sentido inverso unos de otros: unos sujetos todavía á accesos de romanti-

cismo jacobino, otros que sólo tenían honrados intentos revolucionarios; únicamente una minoría se daba cuenta de que era preciso proceder con método á la destrucción de todas las instituciones del Estado y á la supresión de todos los obstáculos que impiden la agrupación espontánea de los ciudadanos. En resumen, la obra del gobierno de la Commune fué mínima, y no podía ser de otro modo, puesto que en realidad estaba en manos del pueblo armado. Si los ciudadanos hubieran sido impulsados por una voluntad común de renovación social, la hubiesen impuesto á sus delegados; pero sólo les preocupaba la defensa: combatir bien y bien morir.

La falta principal que cometió el gobierno de la Commune, falta inevitable, puesto que derivaba del mismo principio sobre el cual se había constituido el poder, consistía precisamente en ser un gobierno y en reemplazar é imponerse al pueblo por la fuerza de las cosas. El funcionamiento natural del poder y el vértigo de mando le llevó á considerarse como el representante de todo el Estado francés, de toda la República, y no sólo de la Commune ó división territorial de París como tomando la iniciativa de invitar á una libre asociación á otras communes, campos, villas y ciudades. De tal modo se contagió el nuevo poder con la locura gubernamental, que se creyó obligado á entrar en relaciones oficiales con los representantes de los Estados monárquicos europeos, olvidando su origen inmediato, la rebeldía: salido del pueblo, se imaginaba pertenecer ya á otra clase, la de los dominadores; pero el pueblo hablaba también por su boca cuando publicó el decreto que abolía el servicio militar, rompió sus lazos con el clero, devolvió las prendas empeñadas en el Monte de Piedad y las multas y retenciones de salario á los obreros y abolió el pago de alquileres por las habitaciones. ¿No era eso ya como un principio de sociedad comunista?

En París se vió por primera vez en el mundo lo que jamás ha tenido analogía en la historia; los Parisienses no odiaban al enemigo que les había tenido sitiados durante cinco meses, dejando en sus monumentos las señales marcadas con sus obuses. Los Alemanes acampaban todavía alrededor de los fuertes exteriores del Este, desde Saint-Denis hasta Villeneuve Saint-Georges, y no se odiaba á aquellas gentes que ejercían por mandato su oficio de soldados.

El mundo, que tenía fijas sus miradas en París, vió con admiración que las ideas de la fraternidad de los pueblos, proclamadas por *La Internacional*, se habían convertido en una realidad viviente. Lo que literatos y artistas, Eugenio Pelletan (en *La Presse*) y Cour-



VARLIN

Obrero encuadernador, fusilado en Mayo 1871.

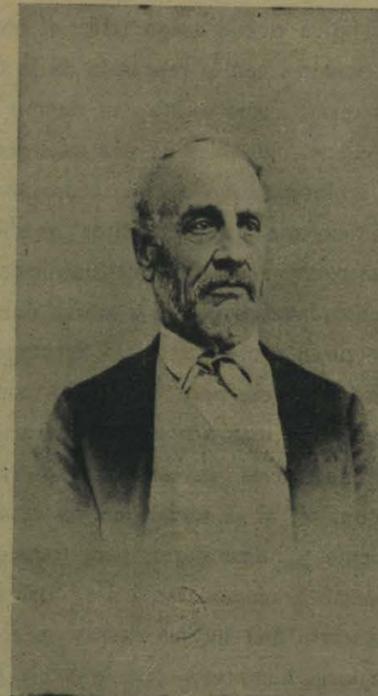
Varlin, miembro de La Internacional, formaba parte de la minoría, de tendencia socialista.

habían pedido en tiempo del Imperio, el derribo de la columna de Vendôme, el pueblo de París lo quería efectuar á la presencia misma de aquellos á quienes el alto pilar recordaba sus derrotas. Cosa inaudita hasta entonces, los vencidos derribaron con entusiasmo el monumento de antiguas victorias, no para adular vilmente á los que acababan de vencerles á su vez, sino para atestiguar sus simpatías fraternales á los hermanos á quienes se había conducido contra ellos y sus sentimientos de execra-

ción contra los amos y los reyes, que, de una parte y de otra, conducían sus súbditos al matadero. Aunque la Commune de París no tuviera más que ese hecho en su activo, merece ser colocada muy alto en la evolución de las edades contemporáneas. Evidentemente, una sociedad nueva que obraba en tan completo desacuerdo con la antigua política, no podía suscitar en el mundo rutinario de las clases gubernamentales más que un sentimiento uni-

versal de horror y de reprobación. Los miembros de la Commune comenzaron por limitar su sueldo á lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con los compañeros de trabajo, dejando á sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos ú ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar á sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite á todo militar arrogarse el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la Commune respondió por un «decreto sobre los rehenes», que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras que la matanza de los comunales continuaba alegremente alrededor de París; después, durante la «semana sangrienta», en las calles y en las casas, y por fin, pasados los setenta días, en los cuarteles y en las cárceles. El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente: en tanto que los socialistas de París, respetuosos con la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa á las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Vióse un jefe del ejército del «orden», uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse des-

versal de horror y de reprobación. Los miembros de la Commune comenzaron por limitar su sueldo á lo más estricto, y continuaron comiendo modestamente en el bodegón de la esquina; los que habían sido tomados entre los obreros jornaleros continuaron su compañerismo con los compañeros de trabajo, dejando á sus mujeres y sus hijas en sus talleres de costura, en los lavaderos ú ocupaciones ordinarias. Tal derogación de las tradiciones de todo gobierno que se respeta no podían perdonarse, y desde los primeros encuentros alrededor de París, el ejército regular no dejó de aplicar á sus prisioneros el nuevo código de guerra, que permite á todo militar arrogarse el derecho de muerte sobre todo paisano. A aquellas matanzas la Commune respondió por un «decreto sobre los rehenes», que ejecutó tarde y sin arrostrar la responsabilidad completa, mientras que la matanza de los comunales continuaba alegremente alrededor de París; después, durante la «semana sangrienta», en las calles y en las casas, y por fin, pasados los setenta días, en

E. Carjat y C.^a Gabinete de las Estampas.

CARLOS DELESCLUZE (1809-1871)

Muerto en las barricadas el 25 de Mayo.

En el Consejo de la Commune Delescluze pertenecía á la mayoría y representaba el elemento jacobino.

los cuarteles y en las cárceles. El contraste entre las dos morales se manifestaba evidente: en tanto que los socialistas de París, respetuosos con la vida humana, se decidieron contra su voluntad y en virtud de legítima defensa á las represalias contra personajes de la casta enemiga, el asesinato de todo ciudadano de la ciudad rebelde era considerado como meritorio entre clérigos, jueces y soldados. Vióse un jefe del ejército del «orden», uno de los oficiales superiores que durante el Imperio había llevado la vida más vil, jactarse des-

pués cínicamente de haber elegido entre los prisioneros, designando para la muerte á todos los que tenían una cabeza noble, inteligente y digna; á los ancianos, porque habían obedecido á sus convicciones, á los más jóvenes, porque habían obrado por el entusiasmo que inspiran las cosas grandes.

Bien puede asegurarse: el objeto que se propusieron los conservadores con la represión de la Commune fué operar una selección al revés, como se hizo en tiempo de la Inquisición, suprimiendo los hombres culpables de una inteligencia superior, de gran pensamiento y voluntad que no se acomodaban al embrutecimiento que ha de caracterizar á los súbditos obedientes. Esa selección de las víctimas favoreció al clericalismo español, que impidió, en efecto, á sus conciudadanos pensar y obrar durante trescientos años; en Francia no pudo proseguirse con bastante método para llegar á resultados tan decisivos, pero ha tenido consecuencias muy apreciables en la evolución histórica de la generación siguiente. ¡Cuántas veces, en circunstancias graves, se ha observado que faltaban hombres! En su conjunto, si el socialismo ha cesado en su carácter generoso, ferviente y humanitario, para transformarse en un partido político dispuesto á acomodarse á las intrigas de los parlamentos, ¿no ha de buscarse una de sus causas en el hecho de haberle privado de sus mejores hombres? ¡Se le había herido en la cabeza!

Pero «nada se pierde», y si es cierto que la reacción pudo creer decapitada al fin «la hidra socialista», los acontecimientos de la Commune, aumentados por el eco, se propagaron á lo lejos en las masas profundas de los pueblos como una garantía de emancipación y libertad. En todas partes, hasta en el fondo de las prisiones rusas y de las minas de Siberia, renació la confianza en el porvenir. La historia de París proclamando la fraternidad de los hombres, tomó proporciones épicas.

Esa notable fuerza moral que posee el solo nombre de París en el conjunto de la evolución humana, y como consecuencia en el movimiento de las revoluciones, se explica, como su fuerza de atracción material, por las condiciones geográficas de su medio. De todas partes acuden las mariposas á aquel foco de luz, á riesgo de abrasarse. La convergencia de los ríos hacia el centro natural de

la cuenca del Sena es como un símbolo del movimiento que lleva á los hombres de inteligencia y de ambición hacia aquel foco de actividad. No se trata solamente de los inmigrantes que se dirigen á París como á cualquiera otra gran ciudad en busca de clientes para su comercio ó para su profesión; considerado desde ese punto de vista, París es inferior á otras aglomeraciones urbanas donde se



Cl. P. Sellier.

LA COLUMNA DE VENDOME DERRIBADA

crea más riqueza monetaria en menos tiempo; se trata principalmente de los que allí acuden atraídos por la vida intelectual, moral y artística de la ciudad, por el encanto que ejerce como persona colectiva, por la fascinación que produce. París es el país tropical, la primavera eterna de la inteligencia. Las cifras traducen ese estado de cosas, puesto que, teniendo en cuenta todas las proporciones, París es la ciudad capital que recibe mayor número de visitantes, y donde la vida se hace más intensa y más variada en sus manifestaciones.

Los elementos primordiales de la población indígena presentan también, respecto de la evolución, un carácter notable de dualidad